



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

---

*Es propiedad.*

---

## EL BUEN COMBATE

*facilitado á toda clase de personas por medio de  
sencillos opúsculos de controversia popular.  
—Nueva serie mensual de libritos ilustrados.*

1. El pan del pobre, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
2. ¿No es hora todavía? por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
3. De Carlos á Manuel y viceversa, correspondencia epistolar, por Antonio.
4. El deber de la limosna, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
5. De Carlos á Manuel y viceversa, correspondencia epistolar (segunda parte), por Antonio.
6. Sol de las almas, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
7. Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos, libro I, por Mons. Gaume.
8. Credo, ó refugio del cristiano en los actuales tiempos, libro II, por Mons. Gaume.
9. La acción antimacabónica, por el Dr. don Félix Sardá y Salvany, Pbro.

1. 3531095

## ¡TODOS SOMOS IGUALES!

**T**odos somos iguales! Si, señor, y es cosa clara, muy clara. ¿Acaso no somos todos hijos de un mismo padre? ¿Por qué, pues, esta ignominiosa distinción entre ricos y pobres, entre amos y criados, entre propietarios é inquilinos? ¿No hay aquí una atroz injusticia? ¿No pide todo esto un pronto remedio ó cuando no pronta venganza? ¡Viva, pues, la reforma social!»

Así, amigo mío, trabajador, habrás oído ó leído mil veces, que para el caso es igual. Y habrás creído hallar

un no sé qué de razonable y equitativo en estas declamaciones; porque, eso sí, nuestra pícara imaginación encuentra siempre justas y corrientes las cosas más disparatadas, como en poco ó en mucho halaguen la vanidad ó el amor propio. Es esta la ventaja del Socialismo, que declarándose en apariencia en favor de los más contra los menos, tiene ya hasta cierto punto asegurado el voto de la mayoría, á la cual adula y promete libertad, y goces sin fin, y maravillosos ensanches de conciencia. Con tal programa y supuesta la educación irreligiosa ó indiferentista que se ha dado años ha al pobre pueblo, á ciencia y paciencia de quien debía impedirlo, y á pesar de la eterna protesta de quien desde el principio supo preverlo, no es de maravillar haya crecido como la espuma el cáncer socialista, sino que lo muy

raro y milagroso es no nos tenga ya á todos devorados, como tal vez merecemos. Mas dejemos para otro día más de vagar, filosóficas y quejumbrosas consideraciones, y vámonos derechos á la historia que ha de formar el asunto del presente librejo.

Aquellas primeras frases y subsiguiente viva, y otros que me callo por abreviar, formaban el epílogo con que en un mugriento café cerraba su acostumbrada perorata uno de esos apóstoles llamantes que desde la Revolución acá le han nacido para su desdicha al pueblo soberano. Y la turba aplaudía frenéticamente, mezclando á los vivas las palmadas, y acompañando las últimas con sendos sorbos de ron; porque la interesante discusión se tenía, como es uso y costumbre, al rededor de las botellas.

Y seguía vomitando disparates y

bocanadas de humo el apóstol del pueblo, y seguía el berrear de su exaltado auditorio, y seguían los vivas y el palmoteo.

Uno solo permanecía silencioso, sin tomar parte en aquel grosero cotarro. Fijos los ojos en el diablo predicador, apenas si con ligero fruncimiento de sus cejas y labios daba á conocer, ora el más desdeñoso desprecio, ora la indignación más concentrada. Era un hijo del pueblo; modesta chaqueta, bongo menestral, manos encallecidas en el oficio, tez curtida por las inclemencias. Por cuarta vez acababa de resonar el ahumado salón con el palmotear de los concurrentes, pues que por cuarta vez acababa de dar fin el fogoso orador á uno de sus más pomposos períodos con la frase de gran efecto: ¡Todos somos iguales!

— Oiga V., compadre, interpeló de

repente el obrero hasta entonces silencioso. ¿Y en qué somos iguales?

—¡Bien! ¡Bien! ¡Que hable el neo! prorrumpió alborotado el concurso en son de mofa. ¡Que hable! ¡Que hable!

—Sí, amigos míos, sí; voy á hablar, aunque con manos y lengua menos sueltas de lo que lo acaba de hacer vuestro falso amigo, pero tal vez con algo más de razón y sentido común. ¿Que somos iguales, dice? ¡Vaya! no seáis inocentes; ó mejor, no seáis majaderos. No somos iguales, ni lo podemos ser. Doy una ojeada á la redonda, y me hallo en todas partes con la desigualdad, y cierto no impuesta por los hombres, ni ordenada por las leyes, sino nacida por sí propia sin que nadie la alcance á remediar. ¿Somos iguales en edad? No, porque hay viejos y jóvenes. ¿Somos iguales en salud? No, porque hay sanos y achaco-

sos. ¿Somos iguales en fuerza corporal? No, porque hay quien no puede levantar con ambos brazos un peso que levanto yo con sólo un dedo. ¿Somos iguales en talento? ¡Válgame Dios! Y ¿por qué he de compararme yo, que nunca pude pasar de deletrear mal que bien el manuscrito, con los que componen libros, espetan discursos y escriben comedias? ¿Somos iguales en ganas de trabajar? No, ciertamente, porque hay quien gusta de tomar el sol en invierno y el fresco en verano, y hay al revés quien suda el quilo en verano y en invierno para arrancar de la tierra ó de la fábrica un pedazo de pan. ¿Somos, por fin, iguales en conducta? ¡Vaya en gracia! ¿Acaso no existen por ahí pilletes y calaveras, y no existen hombres de bien? Conste, pues, y no me hagan cansar más, que no somos iguales.



—Muy bien, repuso uno de los circunstantes; pero el señor quiso decirnos que en rigor debíamos serlo todos en riquezas y posición social.

—Sí, eso dije y á eso me atengo, volvió á gritar con voz estentórea el embaucador; eso dije, ó por lo menos eso quise decir. ¿Por qué han de arrastrar coche unos, cuando pisan otros el lodo de la calle con sus piés descalzos? ¿Por qué ha de levantarse la casucha del mendigo ante el palacio del millonario? ¿Por qué ha de haber quien pase llorando toda la vida, cuando hay quien la pasa toda riendo? A eso iba yo. O todos pobres, ó todos ricos. Que se pase el rasero por la superficie social. ¡Todos iguales!

Volvieron á resonar los bravos y las palmadas, y volvió á pedir la palabra el juicioso menestral.

—Calma, calma, amigos míos, que

el caballero que os quiere hacer felices discurre como un adoquín. ¿De qué proviene la mayor riqueza? Claro está. Proviene de tener más ó menos medios para adquirirla. ¿Y cuáles son estos medios? Muchos hay, pero los más usuales son mejor salud, mejor ingenio, mejores fuerzas, mayor aplicación y buena conducta, y hasta si queréis, hablando como se suele, mayor fortuna y buena suerte. ¿No es verdad, camaradas?

—Sí, sí, respondieron á coro los del corrillo, apurando otra vez las copas.

—Pues bien, escuchad ahora otro poco, que por vida de Barrabás, ó yo no sé lo que me pesco, ó vais á entrar inmediatamente en razón. Querer igualdad en riquezas, sin haber obtenido antes igualdad en los medios de adquirirlas, es una locura. Es querer un imposible. Oídme una comparación.

Los cuerpos de la naturaleza tienen distinto peso según su substancia. El plomo pesa más que la piedra, la piedra más que la madera, la madera más que el corcho, el corcho más que la pluma. ¿Estamos?

—Sí, pero ¿á dónde diablos vais con tan extraña comparanza?

—Al asunto en derechura. Tomad un pedazo de plomo, otro de piedra, otro de madera, otro de corcho y otro de pluma. Arrojadlos al agua. ¿Llegarán todos al fondo á un mismo tiempo?

—Claro que no.

—Por supuesto, y pretenderlo fuera necesidad. Cuando al plomo llegue á tocar el fondo ó suelo del estanque, la piedra habrá llegado á la mitad de su camino, la madera y el corcho se quedarán sobrenadando á flor de agua, la pluma puede que ni llegue á tocarla,

porque lo probable es que se la lleve el aire.

—Bien, pero ¿qué sacáis de aquí para nuestro caso?

—Calma, amigos, por Dios, que ahora voy á sacar la aplicación del cuento. Así pasa en la sociedad, ni más ni menos. No somos todos de igual peso ó medida, ni en lo corporal, ni en lo intelectual, ni en lo moral. Hay quien en alguna de estas cosas ó en todas juntas vale por diez; hay quien vale por cinco; hay quien ni á eso llega y vale no más por dos; hay quien apenas pasa de uno; hay quien no llega á medio; hasta hay quien vale lo que un cero á la izquierda, es decir, purísimo nada. Así que en todo, pero muy en particular en la adquisición de bienes de fortuna, que es el punto que tratamos aquí, hablando por regla general, quien más vale más puede, y

quien más puede más medra. Querer que el débil, el tonto ó el perezoso ocupen en la sociedad igual nivel que el fuerte, el sabio ó el diligente, es querer que en un estanque de agua ocupen igual nivel el plomo, la piedra, la madera, el corcho y la pluma. Con que vamos, señores, ¿he dicho algo? ¿Ajusta ó no ajusta la comparación?

—¡Cierto! ¡Cierto! exclamaron á coro los bulliciosos compinches, y el apóstol de mentiras empezó á buscar con los ojos la puerta de la calle para escurrir el bulto, temeroso sin duda de un mal fin de fiesta.

—Sí, señores, prosiguió el hombre de la chaqueta: de donde concluyo que los que nos prometen la igualdad social, llámense comunistas ó socialistas, ó son necios que no saben lo que se pescan, ó malvados que quie-

ren encaramarse sobre nuestras espaldas. Vamos á ver. Tú, Juan, que eres buen albañil y desempeñas á maravilla cualquier trabajo delicado, ¿te resignarías á ganar lo mismo que Perico tu aprendiz, que sólo sirve para echar remiendos de poco más ó menos?

Tú, Francisco, acreditado oficial zapatero, que vistes el pie de elegantísima seda á las damas más tiesas de la capital, ¿quieres que te igualemos en jornal al remendón de la portería de ahí en frente, que echa mal ó bien tacones y medias suelas? Vaya, amigos míos, que el pueblo soberano á quien tal se diese á entender sería muy majadero. ¿Qué tal?

—¡Bien! ¡Bien! el neo habla como un libro; no se puede negar.

—Déjense de pullas, caramba, y déjenme echar el resto, que voy de prisa. Pues, supongamos que tú, Juan,

y tú, Francisco, el uno siempre en el andamio con la llana y el mazo y lo demás, y el otro en su eterno taburete con la lezna y el martillo, trabajando, no diré como negros, que es mala comparación, sino como buenos menestrales, habéis logrado a fuerza de sudores y economías reunir un fondo tal cual, y que á lo mejor os casáis como Dios manda con mujercitas de bien, que las hay por ahí á docenas; y con lo que ganáis vosotros y ahorran ellas, que para eso se pintan solas las mujeres buenas, vas tú, Francisco, montando tu tienda zapateril que es un primor, y tú, Juan, te conviertes de jornalero en empresario, y tomas obras por tu cuenta y riesgo, y realizáis ambos cada día más pingües ganancias limpia y honradamente, sin daño del prójimo ni ofensa de Dios... Decidme: ¿hay quien pueda con razón en-

contrar injusto y malo que seáis vosotros así medianamente acomodados ó verdaderamente ricos, sólo porque él no tuvo talento, fuerzas ó diligencia para hacerse lícitamente con igual ó semejante posición? Y si después de algunos años, teniendo á vuestro redor numerosa familia, que es sangre de vuestra sangre y carne de vuestra carne, hacéis lo que debéis dándoles á los hijos carrera y á las hijas buen acomodo, y al morir repartis entre ellos y entre ellas aquello que con el sudor de vuestra frente ó con vuestro ingenio habéis ganado, ¿quién negará que las fincas y rentas que en el testamento les dejéis á vuestros hijos é hijas son suyas, muy suyas, tanto como si ellos mismos las hubiesen adquirido? ¿Será bueno que salga entonces un cualquiera, un zote ó un infeliz que nunca supo más que ganarse el pan de cada día, ó un calavera de-



rochador que pasó los mejores años de su vida en bromas y francachelas en vez de dedicarla al trabajo honrado y constante; será bueno, digo, que salga entonces uno de éstos, y viéndose pobre porque ó no supo ó no pudo ó no quiso salirse de tal, la emprenda contra vosotros y contra los frutos de vuestro trabajo al grito de ¡Viva la igualdad!

Bonitamente y sin llamar la atención habia tomado ya las de villadiego el propagandista revolucionario, temeroso con razón del resultado de su conferencia, tan en buen hora atajada por el simple buen sentido de un pobre trabajador.

Tal es el Socialismo con cuyos fantásticos ideales á tantos pobres hijos del pueblo se embauca y embriaga hoy día, y en nombre de quien á tantos incautos se empuja por el camino del odio á la sociedad y aun de los

más horribles atentados. ¡Hijos del pueblo trabajador! ¡Os engañan, os engañan! No, no podemos ser iguales en este mundo, por más que os lo prediquen falsos reformadores. Habrá ricos siempre y habrá pobres, como habrá siempre sanos y enfermos, listos y tontos, fuertes y débiles, diligentes y perezosos, honrados y criminales. La desigualdad social no la extirparéis como no extirpéis la fuente de ella, que no son las leyes humanas, sino la misma naturaleza del hombre, degenerada de su primera perfección por el pecado original. Miembros caídos é imperfectos, no podemos formar una sociedad perfecta. Lo único que podemos con el auxilio de la Religión es sacar algunas ventajas relativas de estas mismas imperfecciones. Pero esto requiere más amplia explicación.

A. M. D. G.

10. **El Santísimo Rosario**, por Campazas.
11. **Católicos... a la moda**, copiados al natural, por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
12. **Católicos de verdad**, segunda parte de *Católicos... a la moda*, por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
13. **¡Guerra de frente!** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.; segunda parte del opúsculo *La acción antimasonica*.
14. **H-pinas, Hojarasca y Flores**, libro I, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
15. **La piedad al uso**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
16. **Los Fariseos**, por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
17. **Eucarísticas**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
18. **H-pinas, Hojarasca y Flores**, libro II, por D. Francisco de P. Ribas y Servet, Pbro.
19. **La Caridad puesta al alcance de todo el mundo**, por el abate Mullois.
20. **Cómo se explota á los incautos**, por el abate Mullois.
21. **Liberalismo casero**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
22. **Quien siembra vientos...** por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
23. **H-pinas, Hojarasca y Flores**, libro III, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
24. **Cruz de oro y Cruz de plomo**, por doña Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
25. **Liberalismo casero**, segunda parte; por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
26. **H-pinas, Hojarasca y Flores**, libro IV, por D. Francisco de P. Ribas y Servet.
27. **¿Yo confesarme?** por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.
28. **Cartas á un joven**, por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
29. **Nuestro modelo**, por D.<sup>a</sup> Matilde Troncoso de Oiz (Raquel).
30. **El Corazón de Jesús y las clases**

obreras, por D. Francisco de P. Ripas y Servet, Pbro.

31. **El Protestantismo en berlina**, libro I, por el P. Pío Mandata, S. J.

32. **El Protestantismo en berlina**, libro II, por el P. Pío Mandata, S. J.

33. **Los que dejan hacer**, por el Dr. D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

34. **El Domingo. Al pueblo**, por el abate Mullois.

35. **El progreso y la Iglesia**, por D. Cayetano Soler, Pbro.

36. **Jesucristo es Dios**, por el abate Mullois.

## CONDICIONES

Se publica cada mes un opúsculo de 48 páginas, con hermosas ilustraciones y elegante cubierta al cromo.

Subscribiéndose á 1 ejemplar, 1'50 ptas. al año.—Id. á 4 ejemplares, 0'50 cada mes.—Id. á 8 id., 1 peseta cada mes.—Id. á 12 ídem 1'50 ptas. cada mes.—Id. á 20 ejemplares, 2'25 cada mes.—Id. á 50 ejemplares, 5 ptas.

De cuatro ejemplares mensuales en adelante puede hacerse la subscripción por uno, dos ó tres meses, un semestre ó todo un año. La colección de los opúsculos publicados se vende encuadernada en tela, formando tres tomos, á 2 ptas. cada uno. Tomando 100 opúsculos de un mismo título ó variados, 10 ptas. Franco de portes. El pago se hará por adelantado en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

---

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.